

A escondidas

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Iban Zaldúa, *A escondidas*
Título original en euskera: *Inon ez, inoiz ez*
Primera edición: noviembre de 2023

ISBN: 978-84-8393-342-8
Depósito legal: M-28404-2023
IBIC: FYB

© De los textos y la traducción del euskera: Iban Zaldúa, 2023
© De la traducción de «Discutiendo conmigo mismo»: Mikel Iturria, 2023
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2023

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Iban Zaldúa

A escondidas



ÍNDICE

Castañas	11
Cuando me prohibió leer en la cama.	13
Las moscas	27
Gusanos de seda	31
Discutiendo conmigo mismo	47
Madre	51
El libro de latín	65
Zapatería Beltrán, Café Moderno	71
Guerras Civiles	81
<i>Spam</i>	105
Como los chorros del oro	107
Entrevista	113
«La Côte Basque», <i>revisited</i>	119
El traductor de Kafka	127
Muerte por Twitter	149

Baluceo del ser al no ser. El texto tiene que ser mero trasunto de esa elaboración escondida. Sacar algo del caos es, claro, traicionar ese caos. La sangre hecha cuento. La oscuridad hecha luz. La vida hecha palabra. (...) Pero es el único instrumento que tenemos. Y, aunque de carácter tan diferente a aquello sobre lo que opera, a la larga inyecta vida en la vida –otra clase de vida–, la rectifica, y nos salva de su ahogo.

Carmen MARTÍN GAITE

Escúchenme –exclamó Syme con extraordinaria intensidad– ¿Quieren que les diga el secreto del mundo todo? Es que solo hemos conocido la espalda del mundo. Lo vemos todo por detrás y todo parece brutal. Eso no es una nube, sino la espalda de una nube. ¿No se dan ustedes cuenta de que todo se inclina y oculta un rostro? Si pudiéramos ponernos delante...

Gilbert Keith CHESTERTON

CASTAÑAS

LAS CASTAÑAS, PARA MÍ, SON EL OTOÑO. Ni el descenso de las temperaturas, ni el regreso de la lluvia, ni siquiera el comienzo del curso: la primera vez que piso en la calle una castaña pilonga o un erizo de castaña, decido que ya ha llegado el otoño y me preparo para esos meses, algo oscuros, que en nuestra ciudad duran por lo menos hasta mayo.

Uno de los pequeños placeres de la vida: dar patadas a los frutos recién caídos de los castaños de Indias. Impulsar una a lo largo de toda una calle del casco viejo, como si fuéramos un Cruyff o un Messi cualquiera. O hacer lanzamientos desde lo alto de una cuesta, alternando el pie derecho y el izquierdo, a ver hasta dónde llega la pelotita, teniendo mucho cuidado, cómo no, de que no haya nadie escaleras abajo. Las primeras horas de la mañana, al salir hacia el trabajo, son las mejores para este ejercicio, siempre que no se vaya con el tiempo justo, claro está.

Hoy mismo me he encontrado una en el cruce entre las calles Francia y Arana, grande, recién salida del erizo. Había bastante gente en la calle; al principio le he dado unas pataditas suaves, discretas, tratando de pasar desapercibido. Llegado a la explanada del museo, he desviado la castaña pilonga hacia la izquierda, y la he lanzado más lejos, con fuerza; he logrado llevarla bastante recta. Al final de la plaza, después de cruzar el paso de cebra, he continuado por el carril bus: he tenido que saltar a la acera un par de veces, abandonando por un momento la castaña, pero los vehículos que le han pasado por encima –un autobús y un taxi– no la han movido ni un solo milímetro.

Todo ha ido bien hasta que he entrado en la calle Paz. Allí, después de un lanzamiento un poco largo, otro tipo le ha dado una patada a mi castaña, y nos hemos enzarzado en una lucha sin piedad. No podemos correr demasiado, porque la avenida está llena de gente, y hemos hecho uso de todos los trucos posibles para quitarnos mutuamente la castaña. Al principio me las he arreglado bien, pero sus tiros se han ido haciendo cada vez más certeros, quizás porque yo estaba ya algo cansado, y se ha empezado a imponer. Cuando hemos llegado al Corte Inglés me he dado cuenta de que quería cruzar al otro lado de la calle y alejarse de la dirección que yo llevaba. No se lo podía permitir. La castaña se ha quedado en medio del asfalto, el semáforo está en rojo, pero no hay alternativa, tengo que intentarlo; noto que él también viene tras de mí.

No sé si la camioneta me ha atropellado a mí solo o a los dos. Aquí al menos no hay ni rastro del otro tipo, ni tampoco de nada que se parezca a una calle o a un camino, pero, por si acaso, yo sigo dándole patadas a la castaña, lejos, cada vez más lejos.